

Shrewsbury era lord Lugarteniente del Staffordshire y coronel de uno de los regimientos de caballería organizados cuando la insurrección del Oeste. No quiso someterse al Tribunal de Reguladores y fué privado de sus dos empleos.

## XXVII.

## EL CONDE DE DORSET.

Ningún noble inglés gozaba de mayor popularidad que Carlos Sackville, conde de Dorset. Era, en verdad, hombre notable. En su juventud había sido uno de los más famosos libertinos de los licenciosos tiempos que trajo la Restauración. Había sido terror de las rondas de la City. Más de una vez había dormido en el cuerpo de guardia, y en una ocasión había estado preso en Newgate. Su pasión por Isabel Morrice y por Catalina Gwynn, que le llamaba su Carlos I, había sido diversión y escándalo de toda la ciudad (1). Sin embargo, en medio de sus locuras y vicios, se distinguía por su animoso espíritu, su clara inteligencia y la natural bondad de su corazón. Decíase que los excesos á que se entregaba eran comunes á todos los jóvenes y alegres Caballeros, pero que su simpatía

*ckay; Vida de Carlos, Duque de Shrewsbury, 1718; Burnet, 1, 762; Birch, Vida de Tillotson, donde el lector hallará una carta de Tillotson á Shrewsbury, que es en mi opinión, modelo de censura seria, amistosa y cortés.*

(1) El Rey venía á ser tan sólo el Carlos III de Nell. No es fácil determinar si correspondió á Dorset ó al Mayor Hart el honor de ser su Carlos I, si bien el testimonio aducido en favor de Dorset me parece decisivo. Véase el pasaje suprimido en Burnet, 1, 263, y el *Diario de Pepys, 26 de octubre, 1667.*

por cuantos sufren, y la generosidad con que acudía á reparar los perjuicios causados por sus ligerezas, eran cualidades que exclusivamente le pertenecían. Sus compañeros veían con asombro la distinción que hacía el pueblo entre él y ellos. «*Él puede hacer lo que quiera, decía Wilmot, que siempre tendrá razón.*» La opinión popular se hizo aún más favorable á Dorset cuando el tiempo y el matrimonio modificaron sus costumbres. Sus graciosos modales, su conversación chispeante de ingenio, su buen corazón y su liberalidad eran universalmente elogiados. No pasaba un día, decíase comúnmente, en que alguna familia desgraciada no tuviera motivo para bendecir su nombre; y no obstante ser de tan buen natural, era de espíritu tan mordaz, que los burlones cuyo ingenio era temido en toda la ciudad, sentían á su vez grandísimo miedo de las burlas de Dorset. Todos los partidos políticos le estimaban y halagaban, pero la política no era muy de su gusto. Si la necesidad le hubiera obligado á ocuparse en la cosa pública, tal vez se hubiera encumbrado á los más altos puestos de la nación, pero había nacido en tan alto rango, y eran tan pingües sus riquezas, que carecía de muchas de las causas que mueven á los hombres á ocuparse en los negocios públicos. Dedicóse al Parlamento y á la diplomacia nada más en la medida necesaria para demostrar que, con sólo querer, hubiera podido rivalizar con Sunderland y Danby, y una vez conseguido su objeto, se entregó á empresas más conformes con sus aficiones. Semejante á otros muchos hombres que, dotados de grandes facultades, son indolentes por naturaleza y hábito, llegó á ser una especie de sibarita intelectual, maestro de todos aquellos conocimientos agradables que pueden adquirirse sin grandes esfuerzos. Era tenido por el mejor crítico de

pintura, escultura, arquitectura y declamación de que podía envanecerse la corte. En las cuestiones de arte sus fallos se consideraban en todos los cafés como incontestables, y varias veces sucedió que una buena comedia silbada en el estreno, por tener el apoyo de su sola autoridad, y contra los clamores de toda la sala, había sido aplaudida en la segunda representación. Elogiaban su gusto delicado en la composición francesa Saint-Evremond y La Fontaine. Nunca habían tenido las letras inglesas protector más espléndido. Su generosidad se extendía con igual liberalidad y criterio, sin limitarse á ninguna secta ó fracción. Hombres de genio, apartados por envidia literaria ó por diferencia de opiniones políticas, concuerdan en reconocer la imparcial benevolencia de Dorset. Dryden declaró haberse salvado de la ruina merced á la generosidad, digna de un príncipe, que encontró en Dorset; Montague y Prior, que habían perseguido á Dryden con sus ingeniosas sátiras, debieron á Dorset el ingreso en la vida pública; y la mejor comedia de Shadwell, enemigo mortal de Dryden, fué escrita en la quinta de Dorset. El magnífico Conde hubiera podido, si tal fuera su deseo, haber rivalizado con los mismos á quienes se complacía en proteger, pues los versos que compuso en distintas ocasiones, á pesar de estar hechos sin estudio, dan muestra de un ingenio que, asiduamente cultivado, hubiera producido algo grande. En el pequeño volumen de sus obras se hallarán canciones que ostentan el inquieto vigor de Sucklin, y breves sátiras donde resplandece ingenio tan brillante como en las de Butler (1).

(1) Pepys, *Diario*; Prior, *Dedicatoria de sus poemas al Duque de Dorset*; Johnson, *Vida de Dorset*; Dryden, *Ensayo sobre la sá-*

Dorset era lord Lugarteniente de Sussex, ciudad que inspiraba al Tribunal de Reguladores gran inquietud, pues en ningún otro condado, excepto Cornualles y Wiltshire, eran tan numerosos los pequeños distritos. Ordenósele partir á ocupar su puesto. Ninguno de cuantos le conocían esperaba que obedeciese. Su respuesta fué digna de él, y se le informó en consecuencia que sus servicios no eran ya necesarios. Aumentó el interés que inspiraban sus nobilísimas y amables cualidades cuando se supo que había recibido por el correo un anónimo donde se le decía que de no satisfacer inmediatamente los deseos del Rey, todo su ingenio y popularidad no le librarían de morir asesinado. Una advertencia semejante fué también enviada á Shrewsbury. El amenazar por medio de cartas era entonces mucho más raro que lo fué en lo sucesivo. No es, pues, extraño que el pueblo, que ya estaba muy excitado, creyese fácilmente que los mejores y más nobles ingleses estaban destinados á

tira, y en la dedicatoria del *Ensayo sobre la poesía dramática*. El cariño de Dorset á su esposa y su constante fidelidad para con ella son mencionados con gran desprecio por aquel necio calavera de sir Jorge Etherege en sus *Cartas de Ratisbona*, diciembre 9 (19), 1687, y enero 16 (26), 1688; Shadwell, dedicatoria del *Hidalgo de Alsacia*; Burnet, I, 264; Mackay, *Retratos*. Algunos lados del carácter de Dorset están bien descritos en su epitafio, obra de Pope:

«Yet soft his nature, though severe his lay.»

(Era de dulce carácter, aunque sus versos le hagan parecer severo.)

Y más adelante:

«Blest courtier, who could King and country please,  
Yet sacred keep his friendships and his ease.»

(Venturoso cortesano que logró hacerse agradable al Rey y á la patria, y al mismo tiempo conservó, como cosa sagrada, sus amistades y su bienestar.)

morir bajo el puñal de los papistas (1). Precisamente cuando estas cartas eran asunto de conversación en todo Londres, apareció en las calles el cadáver de un puritano muy conocido. Pronto se supo que el asesino no había obrado á impulsos de ningún motivo religioso ni político; pero la primera sospecha había recaído en los católicos. El mutilado cadáver había sido llevado en procesión á la casa ocupada por los jesuitas en el barrio de Saboya, y durante algunas horas el temor y la furia del populacho fueron casi tan violentos como el día en que se dió sepultura al cadáver de Godfrey (2).

Las separaciones de otros funcionarios serán relatadas con mayor brevedad. El Duque de Somerset, que algunos meses antes fuera privado del mando de su regimiento, fué ahora separado del cargo de lord Lugarteniente del Ridings Oriental del condado de York. El Vizconde de Fauconberg fué destituido á su vez del gobierno del Ridings Septentrional. El Vizconde de Newark, del gobierno del Shropshire; del Lancashire el Conde de Derby, nieto de aquel esforzado Caballero que con tanto valor había arrojado la muerte, así en el campo de batalla como en el caldoso, por defender la casa de Estuardo. El Conde de Pembroke, que últimamente había servido á la Corona con fidelidad y valor contra Monmouth, fué destituido del gobierno del Wiltshire; el Conde de Rutland, del Somersetshire; el Conde de Bridgewater, del Buckinghamshire; el Conde de Thanet, del Cumberland; el Conde de Northampton, del Warwickshire; el Conde de Abingdon, del Oxfordshire, y el Conde de Scarsdale, del Derbyshire. Scarsdale fué

(1) Barillon, enero 9 (19), 1688; Citters, enero 31 (febrero 10).

(2) Adda, febrero 3 (13), 10 (20), 1688.

también separado del mando de un regimiento de caballería y de un empleo que tenía en la servidumbre de la Princesa de Dinamarca, la cual trató de retenerle á su servicio, cediendo sólo á una orden perentoria de su padre. El Conde de Gainsborough no sólo fué destituido de la lugartenencia del Hampshire, sino también del gobierno de Portsmouth y de la superintendencia de Newforest, dos empleos por los cuales había dado pocos meses antes cinco mil libras esterlinas (1).

El Rey no pudo encontrar Lores de gran nota, ó por mejor decir, no pudo en absoluto encontrar ningún Lord, fuera de su religión, que quisiera desempeñar los puestos vacantes. Tuvo que asignar dos condados á Jeffreys, hombre nuevo, cuya propiedad territorial era muy poco considerable; y otros dos á Preston, que ni siquiera era Par de Inglaterra. Los otros condados que habían quedado sin Gobernadores fueron confiados, casi sin excepción, á católicos conocidos, ó á cortesanos que habían prometido secretamente al Rey declararse católicos tan pronto como se les presentase ocasión oportuna.

## XXVIII.

CUESTIONES SOMETIDAS Á LOS MAGISTRADOS, Y SUS RESPUESTAS. — MAL ÉXITO DE LOS PLANES DEL REY.

Por fin la nueva máquina se puso en movimiento, y muy pronto de todas partes del reino se recibieron

(1) Barillon, diciembre 5 (15), 8 (18), 12 (22), 1687; Citters, noviembre 29 (diciembre 9), diciembre 2 (12).

nuevas de que la derrota sería completa é irremediable. El catecismo que debían emplear los lores Lugartenientes para cerciorarse de las opiniones de los caballeros del campo, constaba de tres preguntas. Todo Magistrado y Diputado Lugarteniente debía contestar: 1.º Si en el caso de ser llamado al Parlamento, votaría por un *bill* redactado según los principios de la *Declaración de indulgencia*; 2.º Si como elector sostendría á los candidatos que se comprometieran á votar por tal *bill*; y 3.º, si en su fuero interno se sentía inclinado á prestar ayuda á los benévolos designios del Rey, viviendo en paz y armonía con gentes de todas las religiones (1).

Tan pronto cundieron estas preguntas apareció una especie de respuesta, redactada con admirable habilidad, la cual circuló en todo el reino, y fué generalmente adoptada. Su contenido era como sigue: «Como individuo de la Cámara de los Comunes, si tengo el honor de ser elegido, consideraré de mi deber, pesar cuidadosamente cuantas razones puedan traerse al debate, en pro y en contra de un *bill* de indulgencia, y votar luego según lo que me dicte la conciencia. Como elector daré mi ayuda á aquellos candidatos cuyas nociones del deber de un representante estén de acuerdo con las mías. Como particular, deseo vivir en paz y caridad con todo el mundo.» Esta respuesta, mucho más irritante que una negativa directa por el ligero tinte de sobria y dolorosa ironía en que iba envuelta, fué lo único que los emisarios de la Corte pudieron sacar de la mayor parte de los caballeros del campo. Argumentos, promesas, amenazas, todo fué inútil. El Duque de Norfolk aunque protestante y á pesar de no estar muy contento de los procedimientos

(1) Citters, octubre 28 (noviembre 7), 1687; Lonsdale, *Memorias*.

del Gobierno, había consentido en servir de agente en dos condados. Fué primero á Surrey, donde pronto se convenció de que nada podía hacer (1); de aquí partió á Norfolk, y regresó para informar al Rey que de sesenta caballeros de nota empleados en aquella gran provincia, sólo seis le habían dejado entrever la esperanza de que sostendrían la política de la Corte (2). El Duque de Beaufort, cuya autoridad se extendía sobre cuatro condados de Inglaterra y sobre todo el principado de Gales, se presentó en Whitehall á dar noticias no menos tristes (3). Rochester era lord Lugarteniente del Herefordshire. Todo su pequeño caudal de virtud se había gastado en la lucha que sostuvo contra la terrible tentación de vender su religión por mero lucro. Aun le unía á la Corte una pensión de cuatro mil libras anuales, en cambio de la cual estaba pronto á ejecutar cualquier servicio, por ilegal ó degradante que pareciese, á excepción tan sólo de reconciliarse solemnemente con la Iglesia de Roma. Habíase puesto con gran diligencia á cumplir en su condado las órdenes del Rey, mostrándose como siempre animado de indiscreto celo y violencia. Pero su enojo hubo de ceder ante los obstinados *squires*, con quienes ahora tenía que entenderse. Respondieronle á una voz que no enviarían al Parlamento ningún representante que votase por la supresión de las salvaguardias de la religión protestante (4). Igual respuesta recibió el Canciller en el Buckinghamshire (5).

(1) Citters, noviembre 22 (diciembre 2), 1687.

(2) *Ibid.*, diciembre 27 (enero 6), 1687-88.

(3) *Idem*, *ibid.*

(4) Por dos veces alude Johnstone al enojo de Rochester en esta ocasión. Noviembre 25 y diciembre 8, 1687. Citters menciona su derrota, diciembre 6 (16).

(5) Citters, diciembre 6 (16), 1687.

La *gentry* del Shropshire reunida en Ludlow, se negó unánimemente á empeñar la promesa que el Rey les exigía (1). El Conde de Yarmouth mandó á decir del Wiltshire que de sesenta magistrados y diputados lugartenientes con los cuales había conferenciado, sólo siete habían respondido favorablemente, y que aun ni en aquellos siete se podía confiar (2). El renegado Peterborough no consiguió nada (3).

Su colega el apóstata Dover tuvo igual éxito en el condado de Cambridge (4). Preston trajo malas nuevas de Cumberland y Westmoreland. Igual espíritu prevalecía en los condados de Dorset y Huntingdon. El Conde de Bath después de un largo vaje regresó del Oeste trayendo nuevas muy poco lisonjeras. Había ido autorizado á hacer las más tentadoras ofertas á los habitantes de aquella región. Particularmente habiales prometido que si mostraban el debido acatamiento á los deseos del Rey, el tráfico del estaño se vería libre de las opresivas restricciones á que estaba sujeto. Pero este cebo que en cualquiera otra ocasión hubiera sido irresistible, esta vez no produjo efecto. Todos los Justicias y Diputados Lugartenientes del Devonshire y Cornualles, sin una sola excepción, declararon estar dispuestos á arriesgar la vida y la hacienda en defensa del Rey, pero añadieron que la religión protestante les era aun más cara que la vida y la hacienda. «*Y creed, señor, dijo Bath, si V. M. despidie á todos estos caballeros, los que les sucedan, darán exactamente igual respuesta*» (5). Si había algún distrito donde el Gobierno pudiera tener

(1) Citters, diciembre 20 (30), 1687.

(2) *Ibid.*, marzo 30 (abril 9), 1687.

(3) *Ibid.*, noviembre 22 (diciembre 2), 1687.

(4) *Ibid.*, noviembre 15 (25), 1687.

(5) *Ibid.*, abril 10 (20), 1688.

esperanzas de triunfo, era el Lancashire. Habíanse abrigado grandes dudas acerca del desenlace de lo que allí estaba pasando. En ninguna parte del reino había tantas familias ricas é ilustres partidarios de la antigua religión. Por virtud de la prerrogativa de dispensa, muchos de los jefes de aquellas familias habían sido nombrados jueces de paz ó alcanzaron mandos en la milicia. Y sin embargo, el nuevo lord Lugarteniente del Lancashire, que era católico, anunció que dos terceras partes de sus diputados y de la magistratura eran contrarios á la Corte (1). Pero aun hirió más hondamente al Rey en su orgullo lo sucedido en el Hampshire. Más de veinte años antes había tenido en Arabella Churchill un hijo á quien más tarde nombró la fama entre los primeros capitanes de Europa. El mancebo, llamado Jacobo Fitzjames, aun no había dado muestras de las extraordinarias dotes que andando el tiempo le llevaron á puesto tan eminente; pero era de natural tan amable y bondadoso que no tenía más enemigo que María de Módena, la cual desde mucho antes aborrecía al hijo de la concubina con el implacable odio de la esposa estéril. Una pequeña parte de la facción jesuítica, antes de anunciarse el embarazo de la Reina, había pensado muy seriamente en hacer del mancebo un competidor de la Princesa de Orange (2). Cuando se recuerda de qué modo Monmouth, no obstante pasar por legítimo á los ojos del populacho y ser mirado como campeón de la religión nacional, había caído al pretender sostener tal competencia, parecerá ex-

(1) La ansiedad de la corte respecto á la actitud del Lancashire es mencionada por Citters en un despacho fechado á 13 (28) de noviembre 1687; del resultado da cuenta en otro despacho, cuatro días después.

(2) Bonrepaux, julio 11 (21), 1687.

traordinario que el fanatismo haya podido cegar de tal modo á algunos hombres que les hiciera pensar en poner en el trono á quien era universalmente conocido por bastardo y papista. No parece probable que el Rey haya abrigado nunca designio tan absurdo. El mancebo, sin embargo, fué reconocido, prodigándosele cuantas distinciones puede recibir un súbdito que no es de sangre real. Había sido creado Duque de Berwick y á la sazón le colmaron de honrosos y lucrativos empleos que antes tenían aquellos nobles que se negaron á cumplir las órdenes del Rey. Sucedió al Conde de Oxford en su cargo de coronel de los Azules y al Conde de Gainsborough como lugarteniente del Hampshire, intendente de New Forest y gobernador de Portsmouth. Berwick esperaba ser recibido en la frontera del Hampshire, según era antigua costumbre, por una larga cabalgata de barones, caballeros y squires; pero ni una sola persona de cuenta se presentó á darle la bienvenida. Despachó entonces cartas ordenando á los individuos de la *gentry* que se presentasen á rendirle homenaje, pero sólo cinco ó seis hicieron caso de sus mandatos. Los demás no esperaron á ser despedidos, y declarando que no tomarían parte en la administración civil ni militar de su condado mientras la persona del Rey estuviera representada por un papista, presentaron voluntaria dimisión de sus cargos (1).

Sunderland, que había sido nombrado lugarteniente del Warwickshire en reemplazo del Conde de Northampton, encontró medio hábil para no ir á arrostrar la indignación y desprecio de la *gentry* de aquel condado, y su excusa fué admitida con tanta más facilidad, cuanto que ya el Rey, por este tiempo, empe-

(1) Citters, febrero 3 (13), 1688.

zaba á convencerse de la imposibilidad de doblegar el espíritu de la rústica *gentry* (1).

Debe observarse que no eran los antiguos enemigos de los Estuardos los que oponían tan firme resistencia á la Corte. Las listas de jueces de paz y lugartenencias habían sido desde hacía mucho tiempo cuidadosamente purgadas de todo nombre republicano. Las personas de quienes el Gobierno había intentado en vano alcanzar alguna promesa de apoyo, pertenecían, con muy contadas excepciones, al partido *tory*, y los más ancianos aun podían mostrar las cicatrices de heridas hechas por las espadas de los Cabezas redondas, y recibos de la vajilla enviada á Carlos I en sus épocas de penuria. Los más jóvenes habían sostenido con inquebrantable firmeza á Jacobo contra Shaftesbury y Monmouth. Tales eran los hombres que actualmente eran destituidos en masa por el mismo príncipe á quien habían dado tan señaladas pruebas de fidelidad. El verse destituidos, sin embargo, sólo sirvió á afirmarles en su resolución. Era para ellos cuestión sagrada de pundonor el sostenerse mutuamente en la nueva actitud. No podía abrigarse la menor duda que si se acudía legalmente al sufragio de los propietarios, ni un solo *representante del condado*, favorable á la política del Gobierno, sería elegido. De aquí el oírse continuamente preguntar con gran ansiedad si la votación sería legal.

(1) Citters, abril 5 (15), 1688.

## XXIX.

## LOS NUEVOS SHERIFFS.—LA NOBLEZA CATÓLICA DE PROVINCIAS.

Esperábase con gran impaciencia la lista de sheriffs para el nuevo año. Apareció cuando aun los lores lugartenientes se ocupaban en dar cumplimiento á las órdenes de la Corte, y fué recibida con una exclamación general de alarma é indignación. La mayor parte de los funcionarios que habían de presidir las elecciones de los condados, ó eran católicos ó protestantes disidentes que habían aprobado la *Declaración de indulgencia* (1). Durante algún tiempo prevalecieron los más tristes presentimientos; mas pronto empezaron los ánimos á serenarse. Creíase muy fundadamente que había un límite, fuera del cual no podía contar el Rey con el apoyo ni aun de aquellos sheriffs que formaban parte de su Iglesia. Entre los cortesanos católicos y los caballeros del campo, también católicos, había muy pocas simpatías. Aquella cábala que dominaba en Whitehall estaba formada en parte, por fanáticos, prontos á prescindir de toda regla de moral y á traer sobre el mundo todo género de confusiones con el solo fin de propagar su religión, y en parte de hipócritas que por mero lucro habían apostatado de la fe en que fueran educados, y que ahora mostraban el celo que siempre caracteriza á los neófitos. Así los fanáticos como los hipócritas, no tenían en general ningún sentimiento inglés. En algunos la devoción á la Iglesia había extinguido todo

(1) *Gaceta de Londres*, 5 de diciembre, 1687; *Citters*, diciembre 6 (16).

sentimiento nacional. Otros eran Irlandeses, cuyo patriotismo consistía en odio mortal contra los conquistadores sajones de Irlanda. Otros, en fin, eran traidores que estaban á sueldo de naciones extrañas. Habíalos también que pasaran gran parte de su vida en el extranjero, y, ó eran indiferentes cosmopolitas, ó aborrecían realmente las costumbres é instituciones del país sujeto ahora á su obediencia. Entre tales hombres y un aristócrata del Cheshire ó del Staffordshire, partidario de la antigua religión, apenas podía haber nada de común. Este último ni era fanático ni hipócrita. Era católico, porque también su padre y su abuelo lo habían sido, y profesaba la fe heredada como generalmente se profesa la fe recibida de nuestros mayores, con sinceridad, pero con poco entusiasmo. En todo lo demás era solamente un *squire* inglés, y si en algo se diferenciaba de sus vecinos era solamente en ser más sencillo ó ignorante que ellos. Las inhabilitaciones civiles que pesaban sobre él habían impedido á su espíritu llegar al nivel general, por cierto no muy alto, que ordinariamente alcanzaba la inteligencia de los caballeros del campo, protestantes. Excluído en su infancia de los colegios de Eton y Westminster, cuando mancebo de Oxford y Cambridge, y ya hombre del Parlamento y la magistratura, vegetaba generalmente con igual tranquilidad que los olmos del camino que conducía á su antigua granja. Sus trigos, sus vacas y su sidra; los lebreles, la caña de pescar y el fusil, la cerveza y el tabaco, eran casi objeto exclusivo de sus pensamientos. Y no obstante la diferencia de religión, solía vivir en buenas relaciones con sus vecinos, los cuales sabían que no era ambicioso ni amigo de hacer daño y las más veces pertenecía á una antigua y buena familia. Era siempre *caballero*, y sus opiniones particu-

lares no le hacían incurrir en extremos de fanático molestando y enojando á los demás. No hacía como los puritanos, que se atormentaban á sí mismos y atormentaban á los otros por sus escrúpulos respecto á todo lo que producía algún placer. Por el contrario, él era cazador tan intrépido y tan alegre camarada como cualquiera de los que habían jurado la supremacía eclesiástica del Rey y la profesión de fe contra la Transustanciación. Cuando encontraba á los otros squires, sus colegas, en el ojeo, les acompañaba hasta dar muerte á la pieza, y una vez terminada la caza los llevaba á su casa, donde los obsequiaba con un gran pastel de venado y una botella de cerveza de octubre, de cuatro años. Las vejaciones que había tenido que sufrir no le llevaban á ninguna resolución desesperada, y aun en la época que su Iglesia fuera bárbaramente perseguida, su vida y su hacienda apenas habían corrido peligro. Los más atrevidos falsarios apenas podían aventurarse á ir contra el sentido común de la humanidad formulando contra él la acusación de conspirador. Los papistas que habían sido objeto de los ataques de Oates eran pares, prelados, jesuítas, benedictinos, un activo agente político, un abogado de gran fama, un médico de la corte. El caballero del campo, que formaba en el partido católico, protegido por su oscuridad, por su vida pacífica y por la buena voluntad de sus vecinos, recogía sus carros de heno ó llenaba de caza el morral sin que nadie le molestase, mientras Coleman y Langhorne, Whitbread y Pickering, el Arzobispo Plunkett y lord Stafford morían en la horca ó bajo el hacha del verdugo. Es cierto que un grupo de miserables intentó acusar de traición á sir Tomás Gascoigne, anciano Barón católico del Yorkshire; pero doce caballeros de los más importantes del Riding occidental, que

formaban el Jurado, y los cuales conocían su modo de vida, no pudieron convencerse de que su honrado y antiguo amigo hubiera comprado el puñal de los asesinos para dar muerte al Rey, y no obstante los cargos formulados por los jueces, y que les hacían muy poco honor, dieron su veredicto declarando inocente al acusado. A veces, en verdad, el jefe de una antigua y respetable familia de provincia podía pensar con tristeza, que á causa de su religión, se veía excluido de honores y dignidades que hombres de más humilde rango y menor fortuna lograban desempeñar; pero, en general, no estaba dispuesto á arriesgar la hacienda y la vida en una lucha contra el actual estado de cosas, y su honrado espíritu inglés hubiera retrocedido lleno de horror ante las radicales medidas imaginadas por un Petre ó un Tyrconnel. Por lo demás, estaba tan pronto á ceñirse la espada y á poner las pistolas en las fundas para acudir á la defensa de su tierra natal contra una invasión francesa ó de Irlandeses católicos, como cualquiera de sus vecinos protestantes. Tal era el carácter general de aquellos hombres á quienes Jacobo miraba ahora como sus más fieles instrumentos para el buen éxito de las elecciones de los condados. Pronto pudo advertir que no estaban dispuestos á perder la estimación de sus vecinos y á poner en peligro su cabeza y sus bienes, por prestarle un servicio infame y criminal. Algunos se negaron á aceptar el nombramiento de sheriffs, y entre los que aceptaron aquel cargo, muchos declararon que cumplirían los deberes de su nueva dignidad, tan lealmente como si fueran miembros de la Iglesia nacional, y que no elegirían ningún candidato que realmente no tuviese mayoría (1).

(1) Como unos veinte años antes de este tiempo, ya había no-

## XXX.

## ACTITUD DE LOS DISIDENTES.

Si no podía el Rey confiar mucho en los sheriffs católicos, menos aun podía hacerlo en los puritanos. Desde que se había publicado la *Declaración de indulgencia* habían transcurrido algunos meses, meses llenos de importantes acontecimientos, durante los cuales no había cesado un punto la controversia. La discusión había abierto los ojos á gran número de

tado un jesuita el carácter retirado de los nobles católicos de provincias. «La nobiltá inglese, se non se legata, in servizio di Corte, o in opera di maestrato, vive, e gode il piú dell'anno alla campagna, ne suoi palagi e poderi, dove sen liberi e padroni; e ció tanto piú sollecitamente i Cattolici quanto piú utilmente, si come meno osservati colá.»—*L'Inghilterra descritta dal P. Daniello Bartolli* Roma, 1667.

«Muchos sheriffs católicos, escribía Johnstone, poseen tierras y declaran que cuantos esperen de ellos alguna ilegalidad se llevarán chasco. La gentry católica, que vive en sus tierras, en el campo, es muy diferente de la que habita aquí en la ciudad. Muchos se han negado á aceptar el cargo de sheriffs ó de diputados lugartenientes.» Diciembre 8, 1687.

Lo mismo dice Ronquillo. «Algunos católicos que fueron nombrados por sheriffs se han excusado.» Enero 9 (19), 1688. Algunos meses después aseguraba á la Corte que la nobleza católica de provincias de buena gana consentiría en un convenio cuyas condiciones fuesen la abolición de las leyes penales y el afianzamiento de la del Test. «Estoy informado, dice, que los católicos de las provincias no lo reprueban, pues no pretendiendo oficios, y siendo sólo algunos de la corte los provechosos, les parece que mejoran su estado quedando seguros ellos y sus descendientes en la religión, en la quietud y en la seguridad de sus haciendas.» Julio 23 (agosto 2), 1688.

disidentes; pero los actos del Gobierno, y especialmente la severidad desplegada contra Magdalene College, habían contribuido, aun más poderosamente que la pluma de Halifax, á alarmar y unir todas las sectas protestantes. La mayoría de aquellos sectarios que fueran inducidos á expresar su gratitud por la indulgencia, avergonzados ahora de su error, deseaban disculpar su falta compartiendo la suerte de la gran mayoría de sus compatriotas.

## XXXI.

## REGLAMENTACIÓN DEL CUERPO ELECTORAL.

Á consecuencia de este cambio en la opinión de los disidentes, el Gobierno hubo de luchar casi con tantos obstáculos en las ciudades como en el campo. Cuando los *reguladores* empezaron su obra, habían partido del principio, que todo disidente que se hubiese declarado favorable á la indulgencia, apoyaría la política del Rey. Confiaban, pues, en poder dar todos los cargos municipales del reino á amigos leales. En las nuevas Cartas municipales la Corona se había reservado la prerrogativa de destituir á los magistrados cuando le pluguiese; este poder se ejercía actualmente sin la menor limitación. En modo alguno significaba esto que Jacobo pudiese nombrar nuevos magistrados, pero le correspondiese ó no de derecho tal prerrogativa, él determinó asumirla. Donde quiera, desde las orillas del Tweed hasta el cabo de Land's End, los funcionarios toríes fueron destituidos, proveyéndose las vacantes con presbiterianos, independientes y baptistas. En la nueva Carta de la